

EL DUELO Y EL HONOR

Por ANTONIO ESCOBAR

(Especial para el DIARIO DE LA MARINA)

98

El rasgo del conde Skrzynski, ex-primer ministro de Polonia, gran tirador de pistola, al perdonar, en un duelo, la vida a su adversario, el general — y también conde — Szeptyski, me ha interesado, por lo que tiene de bueno y porque se parece a algo que ocurrió en España hace larga fecha, durante el gobierno de O'Donnell, que duró de 1858 a 1862.

El coronel Caballero de Rodas, que más tarde fué capitán general de Cuba, mandaba uno de los regimientos de infantería de guarnición en Madrid. Hubo en el cuartel lo que en lenguaje oficial y pudibundo se llamaría un "incidente penoso". Algún día fué apaleado brutalmente, no recuerdo si por Caballero de Rodas o por orden de éste.

El ilustre Rivero, jefe del partido democrático, habló del lance en su diario *La Discusión* y censuró vivamente al coronel. Este le envió sus padrinos; se efectuó un duelo—o medio duelo—a pistola, en el cual Caballero de Rodas, hizo fuego, pero no blanco. Rivero se abstuvo de disparar; y tirando la pistola al suelo, dijo al retador:

—Yo no he venido aquí a matar, si no a hacer constar que no le tengo miedo a la muerte, ni por lo civil ni por lo militar.

Y le volvió la espalda. No hubo la reconciliación de ritual; ni el almuerzo, que ahora se estilia, y que entonces aún no formaba el epílogo de estos encuentros en España. Tampoco se han dado la mano en Varsovia los dos nobles polacos, como quien lea esto, habrá visto en los relatos de las agencias telegráficas.

El acto del ex-ministro ha sido tan laudable cuanto que ha evitado otros duelos más que hubieran sido consecuencia de éste, si el general hubiese recibido la muerte. El hombre de Estado—uno de los más hábiles y respetables de aquel país—al abstenerse de tirar y entregar su pistola a sus padrinos, ha dicho:

—No emplearé este método estúpido, bárbaro y que nada prueba de solventar la querrela que se me ha suscitado.

Muy bien dicho; pero persistirá ese método en Polonia y otras naciones

Europeas y también en algunas americanas; y lo emplearán hombres de talento, de cultura y de moralidad; porque el duelo no se practica más que de la clase media para arriba. La baja lo que hace es pelear cuando se enfurece, sin atenerse al famoso Código de Chateauvillard, sin padrinos, sin pactar condiciones ni levantar acta; y, por supuesto, sin almuerzo, sin almuerzo a posteriori; ceremonia que, acaso, sea la determinante de muchos combates in-cruentos.

Se ha convenido en que el honor exige eso. ¿Cómo no lo exige en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, naciones en que se ha ido acabando esa práctica, hasta entre los militares? Aquí, sólo en el Sur y alguno que otro caso. Hay que lamentar que en el norte los hubiera hasta entrado el siglo diez y nueve, porque en uno de ellos perdió la vida Alejandro Hamilton, uno de los cuatro o cinco hombres superiores de la Revolución Americana, a la edad de 47 años, en toda la fuerza de su talento, cuando estaba sirviendo bien a su país.

Si en un club americano o británico, un socio, en un altercado con otro, le llama ladrón o cochino, no tiene que habérselas con el ofendido, si no con el club, al cual ha ofendido también. A petición de los socios que han presenciado la escena, el presidente lo llama, y le dice que se dé de baja, si no quiere ser expulsado, porque no es gentleman. Y hasta será para él una lección de verdadero honor y de buena educación.

En otros países, el insultado, si no contesta con una bofetada a la ofensa, dice al insultador:

—¡Basta! Le mandaré a usted testigos.

Se los manda; y de allí sale un lance, en el cual el injuriado, si no tira mejor que su adversario, puede recibir una herida en el bajo vientre; que, agregada a la de "cochino", le hace ver la vida por un lado muy triste. Pero el honor ha quedado satisfecho.

Y si, por desgracia, el insultado mata a su insultador, no lo pasa bien.

Aunque no haya persecución por la justicia—y no suele haberla; o es de mera fórmula—la sombra de aquella muerte le cae encima y lo acompaña en su viaje por la tierra; y esto, no obstante haberse también convenido en que matar en duelo no es homicidio. Siempre que se le nombra, hay alguien que dice:

En Madrid había un sujeto, cuya biografía había quedado reducida a esto:

—El que mató al marido de la Avellaneda.

El gran periodista francés Girardin—el de la "Idea diaria"—dió muerte, en desafío, a otro Armando Carrel. Se sintió tan horrorizado que hizo la promesa de no volver a batirse.

Mucho tiempo después decía con amargura:

—Han pasado cuarenta años; y entre los anónimos que recibo, cuando pongo en un artículo cosas que no agradan, siempre hay alguno en que me llaman "el asesino de Carrel".

Otro escritor francés, el donoso Alfonso Karr, sin dejar de reconocer los lados malos del duelo, lo prefería a la acción judicial para obtener reparación.

Un individuo, injuriado o calumniado, acude al tribunal, donde su abogado ataca vigorosa y elocuentemente al ofensor; pero el abogado de éste, no menos elocuente, contesta al ataque, y no sólo sostiene que el demandante no tiene razón, si no que se burla de él, habla de sus defectos de carácter y de sus faltas de ortografía y hasta da a entender que su familia no vale más que él.

Si el demandante gana, el tribunal le concede unos cuantos francos de indemnización; pero el abogado le ha costado 500 y otro tanto ha tenido que darle al suyo el demandado.

Y agregaba Karr:

—El demandante ha servido para hacer reír al público; y los dos abogados, con el dinero extraído a sus clientes, se van a comer alegremente, en compañía de mujeres fáciles, después de la vista de la demanda.

(Prohibida la reproducción.)